de 1844-45, y publicó su último coro el día que cumplía veinte y nueve años. La obra fué recibida con mucho aplauso, y ha sido ejecutada frecuentemente con extraordinario éxito en las ciudades del norte. El señor Jacksón se estableció como profesor de música en Bradford, donde contribuyó mucho á propagar el buen gusto musical de aquella ciudad y sus alrededores. Hace pocos años que tuvo el honor de dirigir su buena compañía de cantores del coral de Bradford en presencia de Su Majestad en el Palacio de Buckingham; en cuya ocasión, como también en el Palacio de Cristal, se ejecutaron con gran aplauso algunas de sus composiciones corales (1).

Tal es el ligero bosquejo de la carrera de un músico que se enseñó á sí mismo, y cuya vida proporciona otro ejemplo del poder de la *ayuda propia*, y de la fuerza del valor y de la laboriosidad para poner á un hombre en condiciones de vencer las primeras luchas y obstáculos que siempre son de un carácter bastante difícil por cierto.

(1) Durante la impresión de los anteriores pliegos de esta *edición corregida*, aparece en los periódicos el anuncio de la muerte del señor Jacksón á la edad de cincuenta años. Su última obra, terminada poco antes de su muerte, fué una cantata, titulada *El loor de la música*. Las noticias anteriores sobre los primeros años de su vida fueron comunicadas por el mismo Jacksón al autor hace algunos años, cuando aún tenía su negocio de venta de velas en Masham.

CAPITULO VII

LA INDUSTRIA Y LA NOBLEZA

El que no se atreve á arriesgarse, á ganarlo ó á perderlo todo, ó teme demasiado su destino, ó son escasos sus méritos. EL MARQUÉS DE MONTROSE (1).

Hará descender á los poderosos de sus asientos, y exaltará á los humildes. — SAN LUCAS (2).

Hemos hecho ya mención de algunos ilustres plebeyos que han subido desde humildes á elevadas posiciones por el poder de la aplicación y de la laboriosidad; y podríamos indicar del mismo modo á la nobleza, por los ejemplos igualmente instructivos que proporciona. Una de las razones por las cuales la nobleza de Inglaterra ha podido conservar su posición, se debe al hecho de que, al contrario de la nobleza de otros países, ha sido alimentada de tiempo en tiempo, con la mejor sangre industrial del país, el verdadero *hígado, corazón y cerebro de la Gran Bretaña*. Cual el Anteo de la fábula, ha sido vigorizada y renovada al tocar la tierra madre, y mezcládose, con la orden más antigua de la nobleza; la orden del trabajo.

(1) *Me either fears his too much,*
Or his deserts are small,
That dares not put it to the touch,
To gain or lose it all.
MARQUIS OF MONTROSE.

(2) *He hath put down the mighty from their seats; and exalted them of low degree.* — ST. LUKE.

La sangre de todos los hombres corre de fuentes igualmente remotas; y aunque algunos no pueden descubrir su línea ascendente más allá de sus abuelos, todos están justificados, sin embargo, poniendo al frente de su genealogía á los grandes progenitores de la raza, como lo hizo lord Chesterfield cuando escribió : ADÁN *de Stanhope*, EVA *de Stanhope*. Nunca una clase es largamente estacionaria. Los poderosos caen, y los humildes son enaltecidos. Nuevas familias ocupan el lugar de las antiguas, que desaparecen en las filas del pueblo común. Las *Vicisitudes de las familias* de Burke, ponen de manifiesto de una manera notable esta elevación y decadencia ó caída de las familias, y enseñan que los infortunios que alcanzan á los ricos y á los nobles son mayores en proporción que aquellos que agobian á los pobres. Este autor señala el hecho de que de los veinte y cinco barones elegidos para compeler la observancia de la Magna Carta, no hay ahora en la cámara de los pares ni un solo descendiente varón. Las guerras civiles y las rebeliones arruinaron á muchos de los de la antigua nobleza y dispersaron á sus familias. Con todo, hay muchos de sus descendientes que viven y se les encuentra en las filas del pueblo. Fuller escribió en sus *Worthies*, que *algunos que llevan con justicia los apellidos de Bohuns, Mortimer y Plantagenet, están ocultos en la masa común de los hombres*. Así demuestra Burke que dos de los descendientes en línea recta del conde de Kent, sexto hijo de Eduardo I, fueron descubiertos en un carnicero y en un cobrador de peaje; que el biznieto de Margarita Plantagenet, hija del duque de Clarence, descendió á la condición de zapatero de viejo en Newport, en Shropshire; y que entre los descendientes en línea directa del duque de Gloucester, hijo de Eduardo III, estaba el difunto sepulturero de San Jorge, Hanover Square. Se sabe que el descendiente directo de Simón de Montford, el primer barón de Inglaterra, es un talabartero de la calle Tooley. Uno de los descendientes de los *orgullosos Percy*, pretendiente del título de duque de Northumberland, era fabricante de baúles en Dublín; y no hace muchos años que uno de los pretendientes, también, del título de conde de Perth se presentó así mismo en la persona de un operario en una mina de carbón del Northumberland. Cuando Hugo Miller trabajaba de albañil cerca de Edimburgo, fué servido por un peón, que era uno de los numerosos cosolicitantes del condado de Crauford; lo único que faltaba para legalizar su

petición era un certificado de casamiento que no se encontraba; y mientras tanto seguía el trabajo, y se oía la voz que muchas veces al día era repetida desde lo alto de las paredes : *Juan, conde Crauford, traednos otro balde de argamasa.* Uno de los biznietos de Oliverio Cromwell era un almacenero de comestibles en Snow Hill, y otros de sus descendientes murieron en la mayor pobreza. Han perecido muchos barones de orgulloso nombres y títulos, como el perezoso sobre su árbol genealógico, después de haberse comido todas las hojas; mientras que otros han sido alcanzados por adversidades que no fueron capaces de reparar, y al fin cayeron en la pobreza y la obscuridad. Tales son las instabilidades del rango y de la fortuna.

La mayor parte de nuestra nobleza es relativamente moderna, por lo que respecta á títulos; pero no es menos noble por haber sido reclutada en tan gran cantidad entre las filas de la honroso industria. En tiempos pasados era una fuente prolífica de títulos de nobleza la riqueza y el comercio de Londres, sostenidos por hombres enérgicos y emprendedores. Así, pues, el condado de Cornwallis fué fundado por Tomás Cornwallis, comerciante de Cheapside; el de Essex, por Guillermo Capel, lencero; y el de Graven, por Guillermo Graven, comerciante y sastre. El actual conde de Warwick no desciende del *Hacedor de reyes*, sino de Guillermo Greville, comerciante de lanas; mientras que los actuales duques de Northumberland tienen su origen, no en los Percy, sino en Hugo Smithsón, respetable boticario de Londres. Los fundadores de las familias de Dartmouth, Radnor, Ducie y Pomfret, eran respectivamente un peletero, un fabricante de sedas, un sastre, y un comerciante de Calais; y los fundadores de los títulos de los pares de Tankerville, Dormer y Coventry, eran sederos. Los antecesores del conde Romney y lord Dudley y Ward, eran orífices y joyeros; y lord Dacres era banquero durante el reinado de Carlos I, como lord Overstone lo es en el de la reina Victoria. Eduardo Osborne, fundador del ducado de Leeds, fué aprendiz de Guillermo Hewett, rico fabricante de ropas en el Puente de Londres, cuya única hija salvó valerosamente de la muerte impidiendo que se ahogara, lanzándose al Támesis detrás de ella, y siendo su esposo después. Entre otras noblezas fundadas por el comercio están las de Fitzwilliam, Leigh, Petre, Cowper Darnley, Hill y Carringtón. Los fundadores de las casas de Foley y Normanby eran hombres notables

por muchos conceptos, y la historia de sus vidas es digna de conservarse, porque proporcionan notables ejemplos de la energía del carácter.

El padre de Ricardo Foley, fundador de la familia, era un pequeño arrendatario que vivía en las inmediaciones de Stourbridge en tiempo de Carlos I. Ese sitio era entonces el centro de la fabricación del hierro de los distritos centrales, y Ricardo fué criado trabajando en uno de los ramos del negocio; el de hacer clavos. Era, pues, un observador diario del gran trabajo y de la pérdida del tiempo causado por el procedimiento pesado adoptado entonces para dividir las varillas de hierro en la fábrica de clavos. Resultó que los fabricantes de clavos de Stourbridge perdían su comercio á consecuencia de la importación de clavos de Suecia, que se vendían de segunda mano en el mercado. Se supo que los suecos podían hacer sus clavos mucho más baratos, con el uso de herramientas para dividir el hierro y de maquinaria que inutilizaban por completo el laborioso procedimiento de preparar las varillas para hacer los clavos tal como se practicaba entonces en Inglaterra.

Habiéndose asegurado de esto Ricardo Foley, resolvió conocer bien el nuevo procedimiento. Desapareció de pronto de Stourbridge, y no se oyó hablar de él durante algunos años. Nadie sabía á donde había ido, ni su misma familia; pues no la había informado de sus propósitos, temeroso de fracasar. Poco ó ningún dinero tenía en el bosillo, pero consiguió llegar á Hull, donde encontró un buque que se dirigía á un puerto sueco, pagando con su trabajo el pasaje. El único artículo de propiedad que poseía era su violín, y una vez desembarcado en Suecia hizo su camino mendigando y tocando el violín hasta las minas de Dannemora, cerca de Upsala. Era un excelente músico, y también un compañero agradable, y pronto se hubo captado la simpatías de los trabajadores. Fué recibido en las obras, teniendo acceso á todas partes; y aprovechó la oportunidad que así se le ofrecía para conservar en su mente las observaciones, y conocer bien, según creía, el mecanismo de rajar el hierro. Después de haber permanecido por algún tiempo con este objeto, desapareció de pronto de entre sus bondadosos amigos los mineros; nadie sabía donde había ido.

De vuelta á Inglaterra, comunicó el resultado de sus viajes al señor Knight y á otra persona en Stourbridge, quienes tuvieron suficiente confianza en él para adelantar los fondos suficientes con el fin de erigir edificios y maquinaria para rajar el hierro por el nuevo procedimiento. Pero cuando se quiso hacer trabajar la maquinaria, con gran enojo y contrariedad de todos, y especialmente de Ricardo Foley, no anduvo bien, ó por lo menos no rajaba las varillas de hierro. Foley desapareció otra vez. Creyóse que la vergüenza y la mortificación causadas por el fracaso le habían hecho que se fuera para siempre. Pero no era así. Foley estaba resuelto á conocer el secreto de rajar el hierro, y aun había de conseguirlo. Habíase dirigido de nuevo á Suecia, acompañado como antes de su violín, y llegó á las manufacturas de hierro, donde fué saludado cariñosamente por los mineros; y para estar seguros de su violinista, le alojaron esta vez en la misma fábrica de rajar el hierro. Había, al parecer, tan escasa inteligencia en el individuo, escepto en el arte de tocar el violín, que los mineros no abrigaron sospecha alguna respecto del propósito de su trovador, á quien por lo mismo proporcionaron ocasión y medios para realizar el verdadero fin y designio de su viaje. Examinó cuidadosamente la fábrica, y pronto descubrió la causa de su fracaso. Hizo dibujos ó diseños de la maquinaria lo mejor que pudo, aunque éste era un ramo de arte que le era completamente desconocido, y después de haber permanecido en el lugar el tiempo suficiente para comprobar sus observaciones, y para grabar en su espíritu clara y vívidamente el arreglo mecánico, abandonó otra vez á los mineros, llegó á un puerto sueco, y se embarcó para Inglaterra. Un hombre de semejante resolución no podía menos que alcanzar el éxito. Una vez que hubo regresado entre sus sorprendidos amigos, completó sus arreglos, y los resultados fueron completamente favorables. Con su habilidad y su laboriosidad puso muy luego los cimientos de una gran fortuna, al mismo tiempo que restauraba el comercio de un extenso distrito. Durante su vida continuó trabajando en el negocio, ayudando y estimulando toda obra de beneficencia en su país. Fundó y dotó una escuela en Stourbridge, y su hijo Tomás (gran bienhechor de Kidderminster) que era *Jerif* supremo de Worcestershire en la época de *The Rump*, fundó y dotó un asilo que aún existe, para la instrucción gratuita de niños en Old Swinford. Todos los primeros Foley eran puritanos. Parece que Ricardo Baxter tenía relación íntima con varios individuos de la familia, y alude

con frecuencia, á ellos en su *Vida y Tiempos*. Cuando Tomás Foley fué nombrado *Jerif* supremo del condado, pidió á Baxter que predicara ante él el sermón acostumbrado, y Baxter habla de él en su *Vida* como de un hombre « de una conducta tan justa é intachable, que todos los hombres con quienes había tenido que ver, ensalzaban su gran integridad y su honradez, que nadie ponía en duda. » La familia fué ennoblecida durante el reinado de Carlos II.

Guillermo Phipps, fundador de la familia Mulgrave ó Normanby, fué á su manera un hombre tan notable como Ricardo Foley. Su padre era armero, un robusto inglés establecido en Woolwich, en Maine, que entonces formaba parte de nuestras colonias inglesas de América. Nació en 1651, perteneciendo á una familia compuesta de veinte y seis hijos (de los cuales veinte eran varones,) y cuya única fortuna estaba en sus intrépidos corazones y robustos brazos. Parece que Guillermo hubiera tenido en sus venas una infusión de la sangre marina dinamarquesa, y no se avino con gusto á la vida tranquila de pastor en la que pasó sus primeros años. Atrevido y aventurero por naturaleza, ansiaba ser marino y correr el mundo. Trató de agregarse á un buque; pero no pudiendo encontrar uno, se puso de aprendiz con un constructor de buques, con quien aprendió perfectamente la profesión, y á leer y á escribir durante sus horas desocupadas. Habiendo terminado su aprendizaje y trasladádose á Boston, se casó con una viuda que tenía alguna fortuna, después de lo cual estableció un pequeño astillero para construir buques. Construyó uno, efectivamente, y, botándolo á la mar, se ocupó con él en el tráfico de maderas, que llevó adelante de un modo constante y laborioso por espacio de unos diez años.

Sucedió que un día que andaba por las tortuosas calles de la antigua Boston, oyó á unos marineros una conversación sobre un naufragio ocurrido recientemente frente á las Bahamas; el de un buque español, del cual se creía que tenía mucho dinero á bordo. En el acto se despertó su espíritu aventurero, y reuniendo sin pérdida de tiempo una tripulación á propósito, se hizo á la vela para las Bahamas. Estando el buque naufragado cerca de la costa, lo encontró fácilmente, y consiguió recobrar una gran parte del cargamento, pero muy poco dinero; y el resultado fué que apenas cubrió sus gastos. Sin embargo, su éxito había sido

tal, que estimuló su espíritu emprendedor, y cuando supo que otro buque con mejor cargamento había naufragado más lejos, cerca del puerto de la Plata, hacía más de medio siglo, formó desde luego la resolución de levantar el buque naufragado, ó por lo menos sacarle su tesoro.

Siendo demasiado pobre, sin embargo, para emprender una empresa semejante sin una ayuda poderosa, se hizo á la vela para Inglaterra con la esperanza de que podría obtenerla allí. La fama de su éxito al haber sacado el buque naufragado cerca de las Bahamas lo había precedido. Acudió directamente al gobierno. Con su entusiasmo importuno, consiguió vencer la inercia propia de los espíritus oficiales; y Carlos II, puso á su disposición la *Rose Algier*, buque de diez y ocho cañones y noventa y cinco hombres, nombrándole para el mando en jefe.

Phipps se dió á la vela para encontrar el buque español y lograr el tesoro. Llegó bien á la costa de la Española; pero la gran dificultad consistía en encontrar el buque que estaba en el fondo del mar. Hacía más de cincuenta años que había acontecido el naufragio; y Phipps sólo conocía los rumores tradicionales del acontecimiento sobre los cuales poder basar sus trabajos. Había una gran costa que explorar, y un extenso océano, sin señal alguna del buque que estaba en su fondo. Pero el hombre era de corazón intrépido, y lleno de esperanza. Puso á sus marinos á dragar á lo largo de la costa, y durante semanas enteras estuvieron pescando algas marinas, ripias, y pedazos de roca. Ninguna ocupación podía ser más cansada para los marineros, y principiaron á quejarse entre sí, y á murmurar de que el individuo que los mandaba les había llevado para hacer el oficio de tontos.

Finalmente se sobrepusieron los murmuradores, y la tripulación se amotinó abiertamente. Un grupo de ellos se abalanzó un día sobre el alcázar, y pidieron que se abandonara el viaje. No era Phipps, sin embargo, hombre que se dejara intimidar; aprisionó á los cabecillas, y envió á los otros á sus quehaceres. Hízose necesario poner el buque al ancla cerca de un islote para hacerle algunas composturas; y, para aligerarlo fué llevada á tierra la principal parte de los abastecimientos. Aumentando el descontento en la tripulación, formóse una nueva conspiración entre los marineros de tierra para apoderarse del buque, arrojar á la mar á Phipps, y lanzarse á un crucero de piratas contra los